

Pedro (Laín) Entralgo

La historia, la inteligencia y la Iglesia en España

Olegario González de Cardedal*

«Ich hatte nichts und doch genug: Den Drang nach Wahrheit und die Lust am Trug. Nada tenía y, sin embargo, me era suficiente: el impulso hacia la verdad y la complacencia en la ilusión».

(J. W. Goethe, *Fausto*. Preludio. El Poeta)

HAY figuras que pertenecen ya a la intrahistoria de un pueblo, de una cultura y de una Iglesia, sin las cuales éstas no son pensables y con cuyo olvido o menosprecio olvidamos lo que constituye nuestro pasado necesario, a la vez que el fundamento de nuestro mejor futuro. Pedro Laín pertenece indisolublemente a esas tres historias: de la nación, de la cultura, de la iglesia. Y la conexión íntima entre las tres dimensiones es lo que fundamenta su originalidad. Ha vivido las tres en su relación y ha querido repensar las tres: cada una en sus responsabilidades

* Facultad de Teología. Universidad Pontificia. Salamanca.

propias. Y porque ellas han ido unidas hasta ahora, ha preguntado cuál es la relación que las une, cuál el servicio específico y cuál la distancia que entre sí deben instaurar para no confundir su identidad y enturbiar su misión. (1)

El último medio siglo de la historia hispánica ha sido trabajoso, tenso, sorprendente. No me refiero a la tragedia de la guerra civil, sino a los decenios siguientes en los que España tuvo que vérselas a motivaciones profundas de aquel desgarramiento interior, de aquella lucha fratricida, de aquella escisión de las ideas y de las entrañas. Los españoles de buena voluntad y, sobre todo, de buena inteligencia sintieron la inexorable necesidad de preguntarse cómo se pudo llegar a aquel enfrentamiento en el que media España quiso anular a la otra media; cómo fe e increencia se declararon la guerra; cómo la libertad y la esclavitud, determinadas por razones económicas, políticas y sociales, se miraron frente a frente y cada una reclamó la totalidad para sí, y sobre todo se preguntaron por la personal implicación en ella.

Si la guerra como gesto bélico duró tres años, la guerra interior como declaración y aclaración de actitudes profundas duró más de tres decenios. Muchos quisieron trasladar a los tiempos de paz las actitudes de la guerra; otros, por el contrario, quisieron releer los tiempos de guerra con actitudes de paz. Pedro Laín fue uno de ellos: el símbolo de toda una generación implicada y complicada en la más grave gesta de nuestro siglo a la vez que en la responsabilidad máxima. Esa gesta y esa responsabilidad afectaban a todo ciudadano, a todo hombre pensante y a toda persona creyente. Él asumió la carga histórica de pensar, explicar y confesar el pasado; y una vez hecho esto, programar con lucidez y reconciliación el futuro (2).

Hemos llegado al fin de siglo y muchos ya no recuerdan esa historia de reflexión, arrepentimiento, reconciliación y esperanza creadoras que una generación ha llevado a cabo. Otros quieren volver a tiempos pretéritos haciendo de la discordia civil de antaño arma política de hogaño; finalmente no falta quien declara páramo y yermo la tierra hispánica durante esos decenios para reclamar secretamente una actitud revolucionaria, que iría más al fondo que el liberalismo por un lado, la modernidad por otro o la propia Iglesia nacida del Vaticano II por otro. El trágico adanismo que ha caracterizado a los españoles en los últimos siglos revive extrañamente en la políti-

(1) La biografía y bibliografía fundamental de P. Laín puede verse en A. Albarracín, *Retrato de Pedro Laín Entralgo*, (Madrid: Círculo de Lectores, 1988); P. Soler Puig-Oriol, *El hombre, ser indigente. El pensamiento antropológico de Pedro Laín Entralgo* (Madrid: Ediciones Guadarrama 1966).

(2) Pocos testimonios tan conmovedores en este sentido como la revisión autocrítica que nuestro autor ha llevado a cabo en: *Descargo de conciencia 1930-1960* (Barcelona: Barral Editores 1976).

ca, en la cultura y en la Iglesia, queriéndose revolucionarios y radicales, mientras ignoran o desprecian la transformación profunda que ha tenido lugar en el alma española desde 1950 a fin de siglo. No es posible comenzar la historia como si nada hubiera ocurrido; comenzar la cultura como si nada se hubiera creado, construir la Iglesia como si todo estuviera por hacer en España. Y sorprendentemente en esta actitud adánica coinciden grupos de una ingenuidad arcaica y violenta con otros grupos de una actitud radical, que abomina los lentos logros que la conciencia en libertad ha ido haciendo para reclamar un vuelco de la totalidad y una inversión de lo existente.

Tres cotas del siglo XX español

LOS tres máximos logros de este último siglo en España me parece que han sido los siguientes: una *cultura liberal*, una *iglesia más teológica y fraternal* y una *sociedad reconciliada*. Los tres han ido unidos y los tres son inseparables. Por supuesto, que no son separables ni pensables al margen de las transformaciones económicas, de los cambios mundiales, de los progresos técnicos, de las mutaciones demográficas y del asombroso avance de la sanidad. Dentro de ese fondo de mutación generalizada yo me fijo en esos tres aspectos, ya que ellos son el marco dentro del cual se sitúa la aportación más personal de Pedro Laín. Y si tuviera que elegir tres realidades símbolo de esa nueva España, integrada e integradora, elegiría los siguientes, consciente de que ellos son sólo el punto o centro en torno al cual giran como circunferencias otras muchas realidades. Son la recuperación de *Ortega*, como símbolo de un pensamiento a la altura del tiempo; la auto-comprensión de la iglesia desde su realidad originaria y desde su misión contemporánea, tal como ha tenido lugar en el Concilio *Vaticano II*; la reconciliación de los españoles, sellada en un texto normativo para todos, tal como ha tenido lugar en la *Constitución* de 1978.

Evidentemente r o a a filosofía, ni toda la cultura, ni toda la interpretación de a historia. Junto a grandes logros hay en su obra silencios, sombras e incomprendiones, comenzando por la significación personal del cristianismo para la existencia humana, que, si él adivinó y admiró al contemplar la ejemplaridad y fecundidad de figuras vivas del catolicismo (3), sin embargo, no llegó a percibir en todo su peso personal. Evidentemente el

(3) Cfr. especialmente los artículos: «La forma como método histórico» (1927), en: *Obras III*, 521-526 y «Un diálogo» (1927) en: *Obras III*, 565-567.

Vaticano II no expresa todas las dimensiones de la fe católica, ni hereda todo el legado vivido durante los veinte siglos de historia cristiana, ni programa todos los retos ante los que está nuestra generación e incluso cuando pensaba estar heredando e integrando las mejores conquistas de la modernidad, ésta ya estaba siendo desplazada por corrientes de sensibilidad y de pensamiento, que no encajaban en el marco de la Ilustración y de los movimientos sociales del siglo XIX. Evidentemente la Constitución del 78 no recoge toda nuestra historia, ni articula todas las necesidades e ilusiones del ciudadano español, como individuo y como grupo en ideología o en regiones, dejando flecos sueltos y proponiendo un esbozo de Estado, cuya fragilidad autonómica crea serios problemas cuyos últimos resultados aún están pendientes. A pesar de todo, esos tres nombres son la palabra necesaria para una España verdadera, para un cristianismo auténtico y para una ciudadanía convivente. Lo que en su momento era necesario, sin duda no es suficiente; las palabras limpias del final quizá arrastraron trigo que no siempre fue limpio en el proceso preparatorio. Pero, con todos esos límites estas tres gestas son el exponente de una verdad necesaria, de una responsabilidad moral y de una urgencia ciudadana.

Ciudadano, intelectual y cristiano

PEDRO Laín y, en torno a él con él como maestro, ejemplo o altavoz, muchos españoles eligieron en su día llevar a cabo estas tres empresas. El se propuso recuperar la continuidad de la cultura española mediante el estudio de sus figuras cimeras, sin ceder a los maniqueísmos y sin descuidar el sagrado deber del discernimiento, comenzando con aquellas generaciones que en la aurora de la modernización de España a finales del siglo XIX trabajaron, pensaron, escribieron, hicieron investigación. Por ello ha estudiado desde Menéndez Pelayo y Cajal, la generación de 1876, la generación del 98 y la llamada Edad de Plata, hasta el pensamiento de Ortega y la filosofía de Zubiri (4). Pero junto a las cimas de la palabra, del pensamiento y de la ciencia, junto a los ejemplares del buen hacer profesional, ha revivido las figuras de muchos españoles sencillos, pero ejemplares

(4) Exposición de este proyecto de recuperación e interpretación de nuestra historia cultural en: *Descargo de conciencia*. 337-340. Su última reflexión sobre este problema en el «Prólogo» al volumen coordinado por él de la *Historia de España* de Menéndez Pidal. Tomo XXXIX. Volumen I: *La Edad de Plata de la cultura española 1989-1936* (Madrid: Espasa 1993) 11-52.

en su diario quehacer. Su libro sobre más de 100 españoles es el exponente de una atención generosa al prójimo, de un recuerdo de todo lo noble nuestro, de una admiración ante vidas que no lograron éxito rotundo o aplausos políticos, pero que llevaron a cabo una obra bien hecha (5).

Cuando hace unas semanas le fue ofreciendo un homenaje por el «Círculo de lectores», afirmó en sus palabras finales que no merecía personalmente el premio pero que lo recogía gustoso y tranquilo en nombre de aquel grupo de españoles que, habiendo estado implicados en la guerra civil primero y en la contienda posbélica después, se habían comprometido con la continuidad cultural en nuestro país, más allá de escisiones ideológicas, y de exclusiones religiosas o regionales. Y enumeró los nombres siguientes: J. Marías, L. Díez del Corral, L. Rosales, J. Ortega Spotorno, C. Ollero, L. Gómez Arboleya, J. L. Aranguren, G. Torrente Ballester, D. Ridruejo, L. F. Vivanco, R. Uría, A. Tovar, J. M. Maravall, D. García Sabell, F. Chueca (6).

Pedro Laín ha mantenido a lo largo de su vida la unidad entre esas tres dimensiones de su personalidad como ciudadano, intelectual y cristiano. Aquí creo yo encontrar la ejemplaridad de este hombre. El catolicismo español ha adolecido en la era moderna de muchos vicios, a la vez que ha granado en múltiples virtudes. Pero quizá el error máximo de la conciencia católica española ha sido la concentración ensimismada desconociendo o desdeñando la abertura necesaria a la cultura histórica, la maduración social y política, el desarrollo interno de la vida católica en otras latitudes e iglesias. Sobre ese fondo me parece especialmente valioso el triple intento de Pedro Laín: la modernización de la cultura y ciencia españolas, la elevación intelectual de la conciencia católica, la reconciliación de la conciencia ciudadana. Esto no ha sido para él un programa verbal sino una realización real, llevada a cabo a través de una serie admirable de obras en los tres ámbitos de su quehacer: científico-profesional (sus estudios sobre historia de la medicina y humanidades médicas) (7), personal teórico (obras sobre la amistad, la espera y la esperanza, la intersubjetividad⁸, histórico-cívico (libros sobre las

5) *Más de cien españoles* Barcelona: Planeta (1988); *Cajal. Unánime. Marañón. Tres españoles* Barcelona: Círculo de Lectores, 1988).

(6) Fundación Círculo de Lectores. Martes 17 de febrero de 1998. Madrid.

(7) Entre otras muchas obras: *Historia universal de la medicina* (7 volúmenes bajo su dirección. Barcelona: Salvat, 1972-1975; *Historia de la medicina* (Barcelona: Salvat 1978); *Antropología médica para clínicos* (Barcelona: Salvat, 1984).

(8) Entre otras muchas: *Sobre la amistad* (Madrid: Revista de Occidente, 1972); *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano* (Madrid: Revista de Occidente, 1956); *Antropología de la esperanza* (Madrid: Guadarrama, 1978); *Esperanza en tiempo de crisis* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1993); *Creer, esperar, amar* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1993); *Teoría y realidad del otro I-II* (Madrid: Revista de Occidente, 1961).

generaciones, sobre el 98, Ortega, la realidad de España, figuras ejemplares como Unamuno, Cajal o Marañón; empeño por dar fecundidad a la obra creadora y al legado inédito de Xavier Zubiri) (9).

Contra viento y marea

TODO esto no lo ha logrado sin dificultades ni oposición. Sólo aludo a un aspecto del problema, que requeriría un largo estudio con hechos, textos y personas: la recuperación de la figura y pensamiento de Ortega para la conciencia española en el decenio 1950-1960. Es una historia vidriosa y dolorosa en la que la Iglesia a través de hombres significativos del pensamiento filosófico y teológico, revistas e instituciones tan significativas como la Compañía de Jesús, los Dominicos y el Opus Dei, fue beligerante hasta el extremo. El extremo fue el intento de poner sus obras en el Índice de libros prohibidos, lo mismo que por esas fechas se pusieron dos de Unamuno: «El Sentimiento trágico de la vida» y «La agonía del cristianismo» (10).

A partir de 1950 comenzó un asedio a las figuras del pensamiento liberal representado por Unamuno, Ortega, Zubiri y García Morente, ante los que se presentaba un dilema tan evidente como falseador de toda realidad: eran cristianos o anticristianos; podían ser asimilados al pensamiento escolástico o tenían que ser desechados; servían directamente a la misión de la Iglesia o le eran perjudiciales; respondían a una determinada comprensión de la vida humana o no eran humanizadores; podían ser alineados en una interpretación de la historia de España o eran ingenuos y malévolos servidores de la otra España, la inauténtica, la que no podía ser alineada del todo con los Reyes Católicos o con Trento. La mezcla de la religión con la política, junto con esa voluntad de simplificación violenta, que es el integristismo, subordi-

(9) Especialmente: *Las generaciones en la historia* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1945); *La generación del 98* (Madrid: Editora Nacional, 1945); *España como problema* (Madrid: Ediciones Cultura hispánica, 1949); *Ejercicios de comprensión* (Madrid: Taurus, 1955); *Ejercicios de comprensión* (Madrid: Taurus, 1959); *Una y diversa España* (Barcelona: Edhasa, 1968); *A qué llamamos España* (Madrid: Espasa Calpe, 1971).

(10) Decreto del 30 de enero de 1957. Cfr. AAS 49 (1957) 77-78. El empeño de varios grupos desde dentro de la iglesia española, en especial de los Agustinos (entre los que tuvo figuras tan cercanas e inteligentes como el P. Félix García o S. Álvarez Turiénzo) ante la Nunciatura y del propio Pedro Laín ante Pablo VI, el Cardenal Montini, arzobispo de Milán impidieron que se pusiera también en el Índice las obras de Ortega. Cfr. *Descargo de conciencia*. 429 nota 23.

nando todos los ideales bajo un solo criterio o en una sola interpretación, operaron de manera radical en ese decenio (11). El intento de recuperación de Ortega para la vida cultural de España, si no para la vida académica, y luego su muerte fueron los dos momentos cumbres de ese choque entre dos mentalidades católicas: una abierta, conciliadora, que discierne lo que hay de ambiguo pero que integra lo positivo, frente a otra que otorga primacía a los silencios y ambigüedades, o la malinteligencia del pensamiento orteguiano, hasta hacerlo culpable de la descristianización de España (12). ¿Me equivoqué si afirmo que estamos hoy ante brotes de semejantes simplificaciones, altisonancias y seguridades simplificadoras, junto a quienes desprecian por ingenua y no radical esta actitud liberal (13)? Por ello, quiero hacer memoria de aquel decenio liberador y liberal, intelectualmente comprometido y cristianamente generoso. Fue el decenio del protagonismo cultural de Laín al frente de la Universidad Complutense como su Rector, de la revista *Alcalá*, de las iniciativas para responder a los nuevos movimientos juveniles, de los Colegios Mayores como proyectos de profundización cultural, personal y espiritual, de la apertura a la España liberal de los siglos pasados, de la recuperación de la generación del 98 y del 27. Los protagonistas símbolo fueron Ruiz Giménez como ministro de Educación; Laín, rector de la Complutense, y Álvarez, rector en Salamanca. Venían de la más evidente ortodoxia política de su tiempo, pero eran europeos, su catolicismo conocía otros mundos, iglesias y teologías; su sentido de la nueva realidad les hacía necesario ensanchar horizontes integrando a las nuevas generaciones (14).

(11) La insidia se cebaba también en Morente y no sólo en Ortega. Cfr. J. Marías, *Ortega y tres antípodas* (Buenos Aires, 1950) y su artículo, que no pudo publicarse en España pero que circuló en copias fotografiadas desde Argentina: «Dios y el César: unas palabras sobre Morente». Cfr. Obras de Julián Marías (Madrid: *Revista de Occidente* 1958) 143-150 y antes en: *Ensayos de convivencia* (Madrid 1955).

(12) En 1953 un grupo de amigos desarrollaron un curso con el título: «El estado de la cuestión». La Revista *Arbor* publicó una nota sobre dicho curso, (cfr. V. Marrero - E. Pujals, «Crónica cultural española» en *Arbor* 89 (1953) 106-114, en esp. 109-111: «Ortega o el estado de la cuestión», en la que se imputaba a la obra de Ortega ser un «esfuerzo encaminado a descristianizar España»).

En el mismo año del curso sobre Ortega, la Universidad de Madrid, casi con los mismos ponentes, ofrece el *Homenaje a Xavier Zubiri*, publicado por la Revista *Alcalá* (Madrid 1953).

(13) Ciertas publicaciones católicas por un lado y algún libro extraño sobre Ortega ¿no son exponentes de tal actitud?

(14) Publicaciones sintomáticas de esta preocupación de Laín son por esos años: *La universidad en la vida española* (Madrid: Publicaciones de la Universidad, 1952); *Reflexiones sobre la vida espiritual de España* (Madrid, 1953); *Sobre la Universidad hispánica* (Ediciones Cultura hispánica, 1953); *Reflexiones sobre la situación espiritual de la juventud universitaria* (Madrid, 1955). Cfr. también A. Lago Carballo, *Una nueva generación entra en escena* (Madrid, 1956).

La Iglesia y la teología no estuvieron siempre a la altura necesaria. Víctimas a veces de su ignorancia, integrismo, falta de horizonte católico, de sensibilidad histórica o de maduración cultural sucumbieron a la tentación de expulsar de la nueva España a estas figuras, sin discernir con anchura de conciencia el grano maduro de las granzas desechables. El caso de Ortega es el símbolo de esta tragedia de la iglesia española, que no mostró estar a la altura de su propia exigencia interior: alimentar las conciencias con vida e inteligencia y discernir lo fecundo de lo estéril (15). A uno le sobrecoge tal actitud de insensibilidad intelectual, de insolidaridad histórica y de ensimismamiento escolástico en hombres, por otro lado, tan inteligentes y buenos.

En honor de aquellos seculares españoles tenemos que reconocer que fueron ellos en aquel momento quienes mejor sirvieron a la fe frente a ciertos religiosos, obispos y miembros de algún reconocido Instituto Secular. Estos mantuvieron que Ortega, después de la Institución Libre de Enseñanza, había sido un intento de descristianizar a España, mientras que aquellos, sin negar los límites y aspectos negativos de la obra de Ortega, reconocieron en ella un instrumento poderoso para pensar en España, para ensanchar incluso algunas dimensiones del cristianismo que desde dentro de él no habían sido suficientemente resaltados. Y frente a acusaciones, denuosos y desprecios por parte de quienes se consideraban privilegiados poseedores de la verdad mantuvieron su «postura inequívoca como católicos, como intelectuales españoles y como discípulos de Ortega» (16).

Tras los envites de los jesuitas Iriarte y Roig Gironella (17), de ciertos miembros del Opus Dei o cercanos a ellos en la revista *Arbor*, tras declaraciones ocasionales de clérigos de provincias o de profesores de seminarios, vino el asalto final con el libro del dominico P. Santiago Ramírez. ¿Cómo fue esto posible a los quince años de acabada la guerra civil, cuando antes de ella Ortega había estado en una Facultad de Filosofía donde había como profesores seis sacerdo-

(15) Un personaje al que luego aludiremos, A. Querejazu, repetía por esos años la necesidad de conjugar tanto en la teología como en la iglesia: vida histórica, pensamiento teórico y sabiduría espiritual, citando constantemente en su tenor latino el texto del Eclesiástico 15, 3: «Cibabit illum pane vitae et intellectus et sapientiae salutaris potabit illum».

(16) Cfr. la carta enviada a la Revista *Arbor*, que ofrecemos en Apéndice y que la revista publicó con una nota de V. Marrero Suárez, «En torno a un juicio sobre Ortega y Gasset», en: *Arbor* 91-92 (julio-agosto 1953) 1-7.

(17) Cfr. la defensa que de ellos hace J. Iturriz, «¿Intriga intelectual contra Ortega?» en: *Razón y Fe*, Junio (1951) 3-26. Los autores de los tres libros aludidos, junto con la traducción del tercero al inglés, son jesuitas: J. Iriarte, *Ortega y Gasset. Su persona y doctrina* (Madrid 1942); J. Ruiz Gironella, *Filosofía y vida. Cuatro ensayos sobre actitudes* (Barcelona 1946); J. S. Villaseñor, *Ortega y Gasset. Pensamiento y trayectoria* (México 1949).

tes al menos, en la que crecieron junto a él colegas que no le regatearon el elogio público como Zaragüeta y Zubiri y alumnos como Mindán Manero? (18) En el decenio 1950-1960 se intenta llevar a cabo una depuración intelectual tras haber llevado a cabo la depuración política en el decenio anterior.

El P. Santiago Ramírez hizo una disección de la obra de Ortega, que dejó entusiasmados a no pocos escolásticos; y consternados a los que, además de Santo Tomás y la escolástica, conocían algo del pensamiento moderno, de la historia reciente, de los marcos culturales en los que se ha gestado la vida espiritual de nuestro siglo. Uno siente dolor y pena inmensos al comprobar tanto esfuerzo en vano, tal interpretación ingenua o violenta cuando no malévol. ¿Dónde vivían esos hombres? ¿Qué ojos tenían para leer los textos y con qué hermenéutica los interpretaban? Eran dos mundos tan alejados entre sí que no podían entenderse. Pero esa desinteligencia era culpable, porque oficio del pensador es pensar a tiempo y en el tiempo. La gracia es siempre un *kairos* y no un mero *chronos*, un don y cita de Dios a cada generación para que oiga su divina revelación en el tiempo humano, y no una consideración abstracta, mítica o metafísica vacías, del hombre y del proyecto de Dios para él. ¡Qué vacío de tiempo y de historia! ¡Qué carencia de horizonte y de sensibilidad! ¡Qué abismo entre la íntima conciencia intelectual de cierta parte de la Iglesia española, poderosa en ese momento, y la mejor Iglesia europea de ese decenio! (19).

(18) Citamos sólo el testimonio de tres figuras sacerdotales de excepción en su relación con Ortega. Don Juan Zaragüeta publica en la tercera página de *ABC* (N.º 7556. Año 1928) una reflexión sobre el artículo de Ortega, «Dios a la vista» aparecido unas semanas antes en *El Sol*, con un sobrio pero decidido elogio del autor. Xavier Zubiri, alumno y compañero durante largos años en la Facultad de Filosofía y Letras, escribió la tercera de *ABC* en su memoria y alabanza, hecho que merece especial atención si se considera que sólo escribió dos veces en periódico: ésta y otra tercera de *ABC*, en memoria y alabanza también de Juan Lladó, que fundando la Sociedad de Estudios y publicaciones en 1947-1948 le hizo posible vivir, pensar y tener un magisterio intelectual. El tercero es de Manuel Mindán, profesor, antes alumno de Gaos en Zaragoza y luego de Ortega en Madrid, quien sesenta años después recuerda con entusiasmo: «Por el interés, por la actualidad de los temas, por la sinceridad y claridad de su exposición, sus clases eran para mí un acontecimiento gozoso y me complacía en sentirme partícipe emocionado de aquel vivo y luminoso pensar». (M. Mindán Manero, *Estigo de noventa años de historia* (Zaragoza, 1995) 274-276, cita en 275.

(19) S. Ramírez, *La filosofía de Ortega y Gasset* (Barcelona: Herder 1958). Cif la reacción por parte de las personas más cercanas a Ortega: P. Laín, *Ejercicios de comprensión* (Taurus, 1959), donde se recoge las palabras junto al cadáver de Ortega a la vez que la reacción al libro del dominico; J. L. Aranguren, *La ética de Ortega* (Madrid: Taurus, 1958); Autor anónimo en: *Religión y Cultura* 3 (1958) 323-324; J. Marías, *El lugar del peligro* (Madrid: Taurus, 1958).

El P. Ramírez reaccionó ante sus críticos con un nuevo libro: *¿Un orteguismo católico? Diálogo amistoso con tres epígonos de Ortega, ep. iñóles, intelectuales y católicos* (Salamanca: Editorial San Esteban, 1958). Crítico de Ortega y defensor del P. Ramírez: V. Marrero, *Ortega filósofo moudeain* (Madrid 1958), Id., *Santiago Ramírez. Su vida y su obra* (Madrid, CSIC, 1971).

Reacciones positivas

PERO la historia de la Iglesia es tan sutil como compleja. Los tres grandes discípulos y defensores de Ortega en ese momento: Francisco Arangure encontraban aliento y espiritual apoyo religioso entre otros en el P. R. Ceñal, S. J., y sobre todo en alguien que había sido discípulo del P. Ramírez. En Avila, por esos años, vivía como un cartujo, Francisco Querejazu, sacerdote, profesor del Seminario, alma de las Conversaciones de Gredos, que después de haber estudiado derecho en España (Deusto y Madrid) continuó estudiando derecho, economía, filosofía y teología en Londres, Bonn, Hamburg y Berlín, Fribourg. En Berlín oyó las clases de Spranger y de Guardini. Después de pasar unos años en la Sociedad de Naciones, como secretario de la Delegación de Bolivia, decidió hacerse sacerdote. Desde Ginebra pasó a Friburgo para estudiar teología en la Universidad. La Facultad estaba regida por los dominicos. Allí tuvo como profesor al P. Ramírez, quien le escribe la carta que transcribimos en apéndice, cuando él tiene tuberculosis, ingresa en un sanatorio de alta montaña; y como condiscípulo y amigo a Don Angel Herrera (20). El «espíritu de Gredos» era muy otro y desde él se podía llevar a cabo la tarea, diferenciadora pero indispensable, tanto de la modernización de la cultura como de la elevación intelectual de la conciencia eclesial (21).

Este pericance hispánico llega a su ocaso tras la muerte de Pío XII. El nombramiento de Juan XXIII permite respirar otros aires y en la polémica con el P. Ramírez, J. Marías ya apela a ese espíritu nuevo (22). El Concilio Vaticano II hará posible el resto dando cauce a mucha esperanza y dejando sin apoyo las reclamaciones integristas que habían guiado tanta política, tanto rechazo intelectual y con él la recusación de figuras como Ortega y Unamuno, que si evidentemente no son unos santos Padres, sí

(20) Cfr. O. González de Cardedal, «Trayectoria de una vida», en: Alfonso Querejazu. *Conversaciones católicas de Gredos* (Madrid: BAC, 1977), 3-70.

(21) Valores y límites de las Conversaciones para Lain, en: *Descargo de conciencia*, 432-434 y para Marías en: *Una vida presente*. Madrid (Alianza, 1989) 2, 100 («Pasé unos días en Gredos, muy cortos, pero que tenían valor desproporcionado con su duración»). En las páginas 97-109 describe el espíritu reinante y los sucesos más significativos en torno a «La muerte de Ortega».

(22) J. Marías concluye su cuaderno: *El lugar del peligro. Una cuestión disputada en torno a Ortega* (Madrid, 1958) con estas palabras: «Mientras escribía estas páginas he leído que una máxima de nuestro nuevo Papa Juan XXIII es ésta: *Vicere comini, dissimulare multa, corrigere pauca*. ¿No sería un cierto, íntimo, eficaz homenaje de los católicos hacerla nuestra?»

pueden ser alimento de nuestra conciencia hispánica, como en su tiempo fueron Platón, Aristóteles, Kant, Hegel y Goethe instrumento de reflexión en manos de Orígenes, de San Agustín, de Santo Tomás, de Rahner y de Balthasar. Cuarenta años después de la polémica entre el Padre Ramírez y los que él llamaba «tres epígonos de Ortega, españoles, intelectuales y católicos», la Universidad Pontificia de Salamanca nombraba doctores honoris causa en teología a Laín y Marías (Aranguren ya había muerto) (23). Ni una sola palabra evocó tales recuerdos; nadie pronunció nombres ajenos a la celebración; para nada se citaron textos de Ortega o de Ramírez. El silencio consciente y los actos decididos eran mucho más eficaces que cualquier palabra de recuerdo o de rencor. ¿Será excesivo decir que quienes llevaron a cabo aquel acto, presidido por don Elías Yanes, Presidente de la Conferencia Episcopal, estaban rehaciendo la historia, poniendo las cosas en su punto, devolviendo la confianza y la razón a la actitud ejemplar de los hombres que durante más de medio siglo habían sido, con vientos y a contraviento, intelectuales con capacidad creadora, ciudadanos españoles con ejercitación de concordia, católicos fieles a todo lo que la Iglesia apostólica ofrece como normativo, a la vez que libres buscadores de la verdad cristiana que es más ancha que cada sistema y cada generación (24).

Ese acto era una confesión de culpas por parte de la teología, una aceptación de la propuesta de los homenajeados y un rechazo de actitudes provincianas, ignorantes o parciales por parte de una jerarquía, sacerdotes o fieles, que desde su carencia de información rigurosa y desde su pretensión de autoridad religiosa extendida ilegítimamente a campos que no les pertenecen, anatematizaron a aquellos católicos que buscaron con empeño y perseverancia. Añadimos en apéndice la carta de Pedro Laín a dos sacerdotes de Zamora (1958), como documento histórico, revelador de una situación que quisiéramos superada para siempre en la Iglesia española, a la vez que como modelo de actitud intelectual, ejercicio de comprensión y forma de tolerancia en la libertad.

(23) P. Laín se ha ocupado directa y explícitamente de los problemas religiosos en no pocos artículos y libros. Además de los ya enumerados remitimos a los siguientes: *Mysterium doloris. Hacia una teología cristiana de la enfermedad* (Santander: Publicaciones de la Universidad Menéndez Pelayo, 1955); *La curación por la palabra en la antigüedad clásica* (Madrid: Revista de Occidente, 1958); *La empresa de ser hombre* (Madrid: Taurus, 1958). *Enfermedad y pecado* (Madrid: Toray, 1961); *El problema de ser cristiano* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1997). Explícitamente ha reflexionado y escrito sobre formas de ser cristiana, sobre el intelectual católico, sobre el teólogo en la sociedad contemporánea.

(24) Cfr. los textos de las *laudationes* y de las respuestas de los dos nuevos doctores en el volumen publicado por la propia Universidad Pontificia (Salamanca, 1996).

La vida de Laín ha sido larga y compleja. Él mismo ha diferenciado, separado y rechazado. No todo estuvo a la misma altura y frente a algunas decisiones personales es posible la discrepancia o necesaria la objeción. No todos aceptarán su itinerario político, su proyecto cultural, su visión filosófico-teológica. La misma Universidad que le confirió el doctorado honoris causa había ya mantenido antes diálogos con él desde una crítica de sus opiniones en *án o o*, es eialmente lo ue él ha llamado «radicalización zu irriana» (25). Ju n Luis Ruiz de la Peña le advirtió de su deficiencia en la in e la tradición y de la actualidad teológica a la vez que cuestionaba la validez de su «materismo» (26). Justamente quienes habían aprendido de él talante y método, mantenían la discrepancia como forma de amistad y de fidelidad (27).

La razón y la fe han tenido en Pedro Laín un fiel servidor; la sociedad un fiel ciudadano y la Iglesia un fiel cristiano; los venidos más tarde, hemos encontrado en él un ejemplo y un aliento. Por ello hoy nos sentimos agraciados y nos mostramos agradecidos.

(25) Cfr. sus obras últimas: *El cuerpo humano. Teoría actual* (Madrid: Espasa, 1989); *Hacia la recta final. Revisión de una vida intelectual* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1990); *Cuerpo y alma. Estructura dinámica del cuerpo humano* (Madrid: Espasa 1991); *Alma, cuerpo, persona* (Madrid: Espasa, 1995); *Ser y conducta del hombre* (Madrid: Espasa, 1996); *Ideas del hombre* (Círculo de Lectores: Barcelona, 1996).

(26) J. L. Ruiz de la Peña, «A propósito del cuerpo humano. Notas para un debate», en *Salmantiensis* 1 (1990) 65-73; Id., «El hombre es uno en cuerpo y alma. La versión zubiriana del aserto conciliar», en: *Stadium Oretense* 22 (1994) 353-366, con un punto final: *Más allá de Zubiri* dedicado a Laín. Este texto se puede ver ahora en: J. L. Ruiz de la Peña, *Una fe que crea cultura* (Madrid: Caparrós 1997) 232-245.

(27) Hay que distinguir cuidadosamente la necesaria aceptación de la fe en sus elementos constituyentes y los legítimos intentos de explicación teológica, que pueden ser discutibles. P. Laín concluye su libro «Cuerpo y alma» con estas palabras: «Como decía el cardenal Newman, mis creencias pueden soportar mis duras. Y si mi muerte, como hondamente deseo, me permite hacer de ella un acto personal, si no es súbita consecuencia de accidente fortuito, al sentirla llegar diré en mi intimidad: "Señor, ésta es mi vida. Mírala según tu misericordia"». (Pág. 291).

Apéndices:

1. Carta de diez católicos, intelectuales españoles, discípulos de Ortega al Presidente del CSIC. Don José Ibáñez Martín. (*Arbor*, n.º 91/92, julio-agosto 1953).
2. Carta del P. Santiago Ramírez O. P. a Don Alfonso Querejazu.
3. Carta de P. Laín Entralgo a dos sacerdotes de Zamora.

Carta al Presidente del CSIC

Madrid, 12 de mayo de 1953

Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín
Presidente del Consejo de Investigaciones Científicas. Madrid

Nuestro distinguido amigo: En el número 89 de ARBOR, revista general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, correspondiente al presente mes, se ha publicado una nota titulada *Ortega o «El estado de la cuestión»* y que se refiere al curso que, bajo ese epígrafe, estamos desarrollando con la colaboración de otros amigos.

No tenemos por qué comentar ni recoger las opiniones que nuestro esfuerzo merece al comentarista, el cual habla de «el espíritu desquiciado que anida en la introducción a estas conferencias» y otras cosas análogas. Pero no podemos dejar pasar por alto una frase en que se habla de «la obra de Ortega, en su conjunto y pese a sus muchas virtudes, como el esfuerzo encaminado a descristianizar a España, más inteligente, más sistemático y brillante que se ha visto en nuestra patria después de la aparición de la Institución Libre de Enseñanza». A lo cual se agrega «el temor de que crezca, o, mejor dicho, de que se sostenga por mucho tiempo el mal tónico, la blandengue y envenenada confusión de la que tanto se habla también hoy, porque nos ronda ya con bastante poca fortuna desde unos años a esta parte».

Nosotros creemos que la imputación de que la obra de Ortega es un «esfuerzo encaminado a descristianizar a España» es una absoluta y gravísima falsedad que no se puede tolerar. Es Ortega quien ha escrito:

«El *catolicismo* español está pagando deudas que no son suyas, sino del catolicismo *español*. Nunca he comprendido cómo la falta en España de un núcleo de católicos entusiastas resuelto a liberar el catolicismo de todas las protuberancias, lacras y rémoras exclusivamente españolas que en aquél se han alojado y deforman su claro perfil. Ese núcleo de católicos podía dar cima a una doble y magnífica empresa: la depuración fecunda del catolicismo y la perfección de España. Pues tal y como hoy están las cosas, mutuamente se dañan: el catolicismo va lastrado de vicios españoles, y viceversa, los vicios españoles se amparan y fortifican con frecuencia tras una máscara insincera de catolicismo. Como yo no creo que España pueda salir al altamar de la historia si no ayudan con entusiasmo y pureza a la maniobra los católicos nacionales, deploro sobre manera la ausencia de ese enérgico fermento en nuestra Iglesia oficial. Y el caso es que el catolicismo significa hoy, dondequiera, una fuerza de vanguardia donde combaten mentes clarísimas, plenamente actuales y creadoras. Señor, ¿por qué no ha de acaecer lo mismo en nuestro país? ¿Por qué en España ha de ser admisible que muchas gentes usen el título de católicos como una patente que les excuse de refinar su intelecto y su sensibilidad y los convierte en rémora para todo perfeccionismo nacional?... Se trata de construir

España, de pulirla y dotarla magníficamente para el inmediato porvenir. Y es preciso que los católicos sientan el orgullo de su catolicismo y sepan hacer de él lo que fué en otras horas: un instrumento exquisito, rico de todas las gracias y destrezas actuales, apto para poner a España "en forma" ante la vida presente.»

Esto escribía Ortega hace algo más de un cuarto de siglo. Era todo un programa, y no precisamente de «descristianización de España». Por desgracia, muchos de los defectos que señalaba existen hoy. Pero también existe ese núcleo de católicos entusiastas que deseaba, y del que nosotros formamos una exigua y modestísima parte. Y resulta al cabo del tiempo que los que llamamos a Ortega «nuestro maestro común», los que hemos recibido de él, en diversas proporciones y formas, doctrina filosófica y entusiasmo español, voluntad de veracidad y rigor intelectual, afán de comprensión y plenitud, somos, en abrumadora mayoría, sincera, pública y notoriamente católicos. Si los árboles han de conocerse por sus frutos, hay que decir que los de Ortega no han sido de descristianización.

Le rogamos, señor Presidente, que tenga la bondad de hacer insertar esta carta en la revista donde ha aparecido la nota a que hacemos referencia, para que sus lectores tengan conocimiento de cuál es nuestra postura inequívoca como católicos, como intelectuales españoles y como discípulos de Ortega.

Con nuestra gratitud anticipada y nuestra mayor consideración, le saludamos muy atentamente,

*Dionisio Ridruejo
 Julián Marías
 Alfonso García Valdecasas
 Emilio García Gómez
 Miguel Cruz*

*José Luis L. Aranguren
 Salvador Lissarrague
 Luis Díez del Corral
 Enrique Lafuente Ferrer
 Pedro Laín Entrala*

Carta a D. Alfonso Querejazu

Albertinum
Fribourg (Suisse), 12 de julio de 1940

Sr. D. Alfonso Querejazu
Cercedilla

Mi querido amigo D. Alfonso: Recibo su grata, alegrándome muchísimo de saber noticias de V. y celebrando se encuentre tan bien instalado en ese sanatorio. Le recuerdo con mucha frecuencia y le encomiendo en mis pobres oraciones para que el Señor le conceda un total restablecimiento de su salud. Haga V. lo que pueda por recuperarla, para después trabajar mucho en su santo servicio.

Por aquí estamos ya hacia fines de curso: dentro de un par de semanas estará todo terminado. Yo estoy deseando terminarlo, porque me encuentro muy cansado.

Los amigos de aquí agradecen mucho sus saludos y me encargan devolvérselos muy afectuosos. D. Angel se ordenará de sacerdote el día 4 de agosto, día de Santo Domingo, en la Cartuja de la Valle Sainte.

Con el mayor afecto le saluda su buen amigo y servidor in X.º Jesu

Fr. Santiago M. Ramírez, O. P.

Carta a dos sacerdotes

por
Pedro Laín Entralgo

Por segunda vez me veo en la penosa obligación de explicar a los lectores de «El Correo de Zamora» el verdadero sentido y el alcance real de unas palabras mías. No porque estas –«vermis sum»– merezcan mucho esfuerzo de exégesis, sino porque en toda ocasión aspiro a ser juzgado según lo que soy, y no según lo que de mí se diga. Tanto más ahora, cuando mis juzgadores son, en su inmensa mayoría, hermanos míos en la fe de Cristo.

Desde esta fe y con este propósito escribo a Vds., D. Manuel Alonso y Sr. Magistrado de Zamora, esta segunda carta. En la primera me limitaba a puntualizar. Herido por un párrafo en que la caridad había sido ampliamente sustituida por una pródiga serie de puntos suspensivos y signos de admiración, y en el cual, al servicio de una intención polémica, se me imputaban afirmaciones jamás hechas por mí y graves incongruencias en el juicio, vine a decir:

1.º Que jamás he presentado yo a Ortega y Gasset como «adalid y prototipo de Catolicismo». 2.º Que, contra lo que sugería el mencionado párrafo, la atribución de un determinado deseo a Ortega y Gasset –el deseo de ver convertido al Catolicismo español en «un instrumento exquisito, rico de todas las gracias y destrezas actuales»– no había sido piadosa invención mía, sino copia literal de unas palabras del gran escritor, harto olvidadas por quienes sólo ante el error y la apostasía parecen tener ojos. 3.º Que entre mi crítica de «Historia como sistema» y la mención de ese deseo de Ortega y Gasset no existe la menor contradicción. Sólo eso decía yo; eso, y mi íntima seguridad de que Dios, a la hora de recibir y juzgar el alma y la vida de nuestro filósofo –su vida entera, con todos los errores y todos los aciertos que en ella hubiese–, no habrá olvidado las palabras que yo tuve el cristiano cuidado de copiar.

Puntualizadora también, y no polémica, va a ser esta segunda y última carta mía. No porque el ejercicio de la discusión me arredre, aunque a veces me fatiga, sino porque en el sacerdote quiero ver siempre, ante todo, lo mucho y muy fundamental que con él me une, y esa sobrehumana solidaridad me mueve más fácil y derechamente a la amistad que a la disputa. Esa es mi actitud. Instalado en ella, y de acuerdo con el estilo ordinal que la faena de puntualización pide, me creo en el deber y en el derecho de responder al vehemente y copioso embate de Vds. con una sencilla serie de precisiones.

Atañen las primeras a mi condición de católico. Con muy visible fruición polémica, tratan Vds. de catalogarme, a la manera de los entomólogos, bajo una tajante y pintoresca etiqueta: yo sería un «católico orteguista». Me resisto a ello. Soy, por supuesto, católico; y luego, entre otras cosas menos decisivas e importantes que esa, admirador de la obra de Ortega. Y quiero serlo, si Vds. me admiten una osada expresión, no como «católico orteguista», sino como «católico catolicista»; esto es, con el propósito de buscar en la obra de Ortega y por doquiera, para hacerlo mío, todo lo que sea o parezca ser verdadero y valioso. Así lo aprendí en Balmes (léanse sus juicios acerca del protestante Leibniz) y en Menéndez Pelayo (recuérdese cuanto en su «Historia de las ideas estéticas» dice de Kant, Hegel y tantos otros). Así me lo ordenó San Pablo, en su Carta a los Filipenses (*Phil.* IV, 8). Así, en fin, me lo ha indicado el actual Pontífice: «Investigad las opiniones, los juicios y las costumbres de los hombres con quienes vivís– decía en diciembre de 1950 a un Congreso de Religiosas–, y si encontráis una partecita de bueno y de justo, echad mano de esos preciosos elementos». A todo esto llamo yo ser «católico catolicista».

Sé muy bien lo que van a replicarme Vds., tan bien, que ya me lo han dicho, y harto prolijamente. Me repetirán una vez más que tan perentoria e importante como esa tarea es la de separar en todas partes el trigo de la cizaña, para apartar ésta. Y yo les responderé que estoy por completo de acuerdo con Vds., siempre que la pasión no nos haga llamar trigo a la avena loca y cizaña a la grama, y siempre que la buena voluntad nos haga practicar a la vez las dos complementarias virtudes ahora nombradas, la virtud inquisitorial y la virtud asuntiva. Y añadiré que mi admiración por la obra de Ortega no ha sido nunca beatería: como católico y como hombre aficionado a pensar por cuenta propia –con cuánto acierto, no sé–, he criticado esa obra más de una vez, y ahí están mis escritos para demostrarlo. Y terminaré diciendo que la actitud de tantos católicos españoles, obstinados desde hace años –muy torpemente, a mi juicio–

en no ver sino los «errores» y los «peligros» de Ortega, y en desconocer lo mucho que en sus escritos no es erróneo ni peligroso, nos ha movido a otros católicos y a mí a poner esos aspectos positivos en el primer plano de nuestra consideración. Sólo así podrá ser «íntegra y fiel» la idea que de Ortega tengamos, ahora que ya está concluida su vida, y a ese honrado propósito quería servir mi artículo de *ABC*, escrito cuando aún se hallaba caliente el cadáver del filósofo. ¿O es que a los católicos españoles ha de estarnos vedada la noble actitud de «L'Osservatore Romano», órgano oficioso de la Santa Sede, el día en que murió Benedetto Croce? Y no se olvide que la filosofía de Croce estuvo siempre mucho más lejos del Catolicismo que el pensamiento de Ortega.

¿Qué es, pues, lo que a Vds. y a mí nos separa? ¿De dónde proceden nuestras accidentales discrepancias? A mi juicio, de las siguientes causas:

1.ª En lo pertinente a este caso concreto, nos separa nuestro juicio acerca de la obra de Ortega y Gasset, mirada en su conjunto. Ustedes no quieren ver en ella más que errores y peligros. No niego yo su existencia; pero me atrevo a sostener que, leídos con mirada limpia y serena los seis tomos de las «Obras» de Ortega, esos tan denunciados errores dogmáticos —de ellos se trata— no ocuparían, juntos, muy arriba de poquísimas páginas. Las tres mil y pico restantes constituyen, en cambio, un rico filón de ideas filosóficas, estéticas, antropológicas, sociológicas e historiológicas; ideas discutibles, claro está, pero casi siempre sugestivas, fecundas y perfectamente utilizables por el católico más riguroso. Callar esta realidad, cuando uno ha llegado a descubrirla, ¿no sería torpe cosa, además de ser cosa injusta?

(No sólo en la obra escrita de Ortega acontece lo que acabo de apuntar. Lean Vds. con atención el famoso «Ensayo» de Donoso Cortés, y descubrirán en él tesis demasiado próximas a las del tradicionalismo filosófico, no obstante la bonísima intención del gran extremeño. Lo cual no equivale, naturalmente, a equiparar a Donoso y Ortega, desde el punto de vista del Catolicismo).

2.ª Nos separa también, en lo que a la realidad psicológica atañe, nuestra distinta idea, acerca de las complejidades del alma humana. Tienden Vds. dos a ver los hombres como seres de una pieza; o, a lo sumo, como máquinas unívocamente ordenadas al voluntario cumplimiento de un solo género de acciones. Quien por su desdicha, y acaso no del todo por su culpa, haya perdido la fe, y viva fuera de la Iglesia, ¿ha de ser, por necesidad, anticatólico? ¿Acaso no es posible sentirse ajeno a la fe y desear que los cristianos sean acendrada y exquisitamente fieles a la verdad de Cristo? Y no se arguya con razonamientos estadísticos, porque, en materia de intimidad, «cada caso es un caso».

(Otro paréntesis. Se complacen Vds. repitiendo una vez más las palabras con que Ortega se declaró «acatólico». Pues bien: ¿por qué no siguen Vds. leyendo las subsiguientes a ese párrafo? Acaso descubriesen algo que no sospechan).

3.ª Difiere también nuestro modo de concebir la situación del hombre en la historia. Propenden Vds. a exagerar desmedidamente el ámbito de cuanto en ella es «seguro» y a subestimar con exceso la importancia de cuanto en ella tiene que ser

«nuevo». No, no podemos sentirnos o invariablemente seguros de todo, y menos con arreglo a un «sistema de seguridades» construido en el siglo XIII o en el siglo XIV. Afirmemos, eso sí, nuestra seguridad sobrenatural en la verdad dogmática y en el magisterio de la Iglesia, y nuestra seguridad natural en los principios básicos de la razón humana; mas para vivir en la historia de un modo creador y eficaz, sepamos, a la vez, sentirnos un poco inseguros de todo cuanto sea contingente y haya de ser original; eso es, de muy buena parte del pensamiento secular, y de los gustos artísticos, y de las costumbres sociales, y de tantas otras cosas sublunares. De otro modo, los ásperos vientos de la historia romperán nuestras falsas e ilusorias seguridades, y acaso con daño visible de aquellas que no son y no pueden ser ilusorias y falsas. Con estas palabras: aprendamos a incluir lo futuro y lo nuevo en la «recapitulación de todas las cosas en Cristo» de que San Pablo habló a los Efesios.

(Nuevo paréntesis. Quien piense así, es seguro que encontrará muchas incitaciones útiles en la obra de Ortega).

4.^a Sepáranos, en fin, siquiera sea accidentalmente, nuestra visión de España, en cuanto entidad mundanal e histórica. Inclínanse Vds. a verla como un «factum» que debe ser defendido y conservado: al paso que yo, sin negar las razones de esa actitud, prefiero concebirla —acéptenme esta leve pedantería profesoral— como un «faciendum» que debe ser constantemente modulado y perfeccionado. Ustedes piensan, en consecuencia, que el Catolicismo tradicional español sólo requiere el ditirambo y la muralla defensiva; y yo me atrevo a sospechar que, junto a las almenas y a los elogios, también exige el examen de conciencia y la reforma interior, sobre todo en el orden a la conciencia social y a la generosidad de la inteligencia. ¿Cuál de estas dos actitudes ofrece mejores garantías para hacer frente a las vicisitudes del futuro? Dios, con su inexcrutable providencia, nos lo irá diciendo año tras año. Pero es preciso no olvidar que la Providencia de Dios no es siempre suave y placentera.

Bien, esto es lo que nos separa. Nos une, en cambio, lo fundamental y decisivo: nuestro amor a la verdad de Cristo, nuestra condición de hijos de la Iglesia, nuestra resuelta voluntad de seguir siéndolo, pese a las ocasionales contrariedades que tal o cual disensión accidental pueda traernos. Todos los días, al terminar el Canon de la Misa, alzan Vds. un poco la voz para rogar a Dios, en beneficio de los pecadores, una partecita de su misericordia: «Nobis quoque peccatoribus...», dicen sus labios. ¿Será mucho pedirles que, al pronunciar ese «nobis», extiendan Vds. su intención hasta las almas de quienes queremos seguir a Cristo y admirar todo lo admirable que el mundo nos ofrezca?

Con esta petición termina su carta —última de las que ha de escribir en torno al tema del actual debate— y les saluda muy cordialmente,

Pedro Laín Entralgo